



Reflexiones acerca del trabajo en el Instituto Pikler (“Lóczy”) de Budapest, Hungría ¹



Dra. Agnès Szanto - Feder

*Fuente del documento:
Biblioteca Virtual de la Red Pikler de Nuestra América.*

El Instituto fue fundado en 1946 por la Doctora Emmi Pikler. Inmediatamente después de la guerra, como otras instituciones, se ocupó de niños de entre 0 y 3 años que no tenían familia. En la actualidad ², si la ubicación de un niño no puede ser resuelta previamente, éste puede permanecer en el Instituto hasta los 6 ó 7 años. Allí son educados unos cuarenta niños, abandonados o provenientes de familias con problemas graves, con situaciones sociales difíciles... Algunos llegan siendo muy pequeños (entre unos pocos días de vida y los tres meses); otros, un poco mayores. Desde hace algunos años, el Instituto acoge también a niños discapacitados. La mayoría de los niños encuentra más o menos rápidamente una familia, la suya propia u otra en caso de adopción; algunos permanecen en familias de acogida.

En el transcurso de sus más de cincuenta años de existencia, han sido acogidos allí alrededor de dos mil niños, de los que muchos ya son adultos. A la luz de investigaciones realizadas en torno a ellos, sabemos que no sufren de las secuelas encontradas, comúnmente, en todo el mundo, en niños “con pasado institucional”. Es por esto que el Instituto se ha convertido en espacio de formación y de asesoramiento para otras instituciones nacionales, y luego en centro de formación, de investigación y de reflexión para profesionales de la Protoinfancia de muchos países de Europa y América.

Los orígenes de este éxito, ahora lo sabemos, provienen de Pikler, de su inusitada concepción del bebé, y de la relación bebé-adulto que constituye “su causa y efecto”. Esas concepciones se aproximaban a las modernas ideas psicopedagógicas europeas de la década del 30, a las que Pikler adhería, pero que involucraban a los niños más grandes. La especificidad que Pikler les confería al aplicarlas a los bebés, provenía de su experiencia de diez años con niños criados en familia, respecto del desarrollo de la motricidad llamada “fisiológica”, y ese fue su descubrimiento, que reveló capacidades y competencias, aun en los bebés muy pequeños, insospechadas hasta entonces.

1. Traducción de Rut Mijelshon especialmente para la RED PIKLER de NUESTRA AMÉRICA 2011

2. El artículo es anterior a la clausura del orfanato, en 2011. En la actualidad, en el nº 3 de la calle Lóczy continúa una Escuela Infantil 0-3.

Especificidad de la metodología en la organización del Instituto

Desde un comienzo, la institución se ha organizado sobre bases originales.

Una cosa estaba clara para Pikler: no se trata de reproducir un símil de vida familiar en torno a los bebés, ya que esto constituiría una falsedad. En efecto, ninguno de los datos esenciales de la situación resulta ser de este orden. En primer lugar, de los adultos que llegan a ocuparse de un bebé, ninguno es la madre. Son personas con una vida privada ajena al Instituto que, eventualmente, tienen su propia familia y son, por lo tanto, trabajadores cuya profesión es esta. Pikler está convencida, de todos modos, de que es humanamente imposible “amar” a una gran cantidad de niños durante toda una vida profesional *sin agotarse, sin vaciarse emocionalmente* en poco tiempo – dándoles así, tal vez, mucho a algunos niños, pero siendo incapaces luego de darles ni siquiera lo necesario a los demás. Los desgarros y duelos en semejantes condiciones, consecuentes a las inevitables separaciones, van destruyendo, en forma progresiva, también al adulto...

No se debe, por otra parte, alimentar la ilusión del niño de que la persona que se ocupa de él es su madre... Tampoco hay que someterlo a destructivas rupturas, derivadas de grandes amores pasionales o, en otros casos, a no-rupturas por la ausencia de cualquier tipo de vínculo, situación igualmente trágica, o más trágica, para el porvenir del niño.

Se deben encontrar, por lo tanto, mecanismos que proporcionen otros factores inherentes a la construcción de la personalidad infantil y de su salud mental y emocional y que lo capaciten para establecer relaciones profundas, apegos durables y significativos que le permitan, en el futuro, construir una vida familiar normal llegado el momento.

El punto de referencia esencial, para Pikler, era “lo que expresan los niños”: cómo son, cómo viven, cómo actúan y reaccionan en su vida cotidiana. Esto es lo que constituía, y sigue constituyendo en la actualidad, la base, en el Instituto, de toda disposición, de todo cambio y de toda mejora. Para Pikler, esto quería decir observaciones meticulosas, frecuentes y prolongadas. Según su hipótesis, el desarrollo “normal” se podía identificar a través de un comportamiento “normal”: su objetivo era, así, que los niños confiados a la institución se comportaran de manera lo más parecida posible a aquella que ella había podido observar, durante los diez años precedentes, en niños que se desenvolvían, según sus consejos, en el seno de su propia familia (por lo tanto, en condiciones normales) y de los que se había ocupado como pediatra.

Entre muchos factores y disposiciones, de algunos querría hablar más en detalle:

1. *Procurarle al niño relaciones cercanas y significativas poco numerosas:*

Son siempre las mismas (cuatro) nurses las que se ocupan del niño durante meses o, incluso, años en lo que respecta a los cuidados y a su vida cotidiana. Son relaciones íntimas basadas en la atención del adulto a todo lo que concierne al pequeño. Una de las cuatro, su cuidadora “privilegiada”, al acompañarlo con más atención aún en su desarrollo, le brinda la experiencia de una relación aún más individualizada y cercana. Dado que las relaciones sociales del niño se irán ampliando con el transcurso del tiempo, podrá entablarlas a partir de estos anclajes sólidos y segurizantes.

La atención del adulto se expresa de formas variadas:

- observaciones escritas (y, por lo tanto, compartidas) más o menos detalladas y frecuentes sobre las manifestaciones del niño; en efecto, en el Instituto, la observación es un medio de capital importancia que le proporciona sólidas bases para el conocimiento del niño –de cada uno de ellos, individuo único– al adulto responsable de él.
- una de las acciones del adulto, de primordial importancia, es la organización del entorno y de las otras condiciones de la actividad, adaptadas a cada uno de los niños; el adulto le

procura los motivos (juguetes adecuados, implementos) y los medios (organización de las habitaciones, del jardín, ropa adaptada... ambiente calmo y distendido, etc.).

- la comida se sirve en forma individual y luego en grupos pequeños, según las capacidades del niño.
- respeto del ritmo de sueño, etc.
- la palabra ocupa un lugar central en la relación con el niño: es una palabra criteriosa y que impulsa al diálogo, apta para ofrecerle siempre al niño elementos pertinentes a su edad para que pueda orientarse en su propia realidad.

Los momentos de contacto más ricos entre el adulto y el niño deben ser los momentos de los cuidados, al vestirlo y al darle de comer – todas aquellas situaciones en las que el bebé se encuentra íntimamente implicado – y en las que es natural “organizarse” para estar en intimidad. Son también esos momentos, aquellos en los que el adulto dispone de los medios para probarle al bebé que él, el adulto es digno de su confianza: esas pruebas son la suavidad de sus gestos, el respeto por la comodidad corporal del pequeño, el modo de proponerle la interacción y el de esperar la reacción. Esta situación es la más favorable para el conocimiento mutuo y para la comunicación directa y prolongada, ya sea mediante gestos o palabras. En el Instituto, el encuadre les ofrece a las cuidadoras diversos apoyos para ayudarlas a realizar esta difícil tarea.

Sin embargo, es necesario insistir en la particularidad de esta relación, que Pikler ya recomendaba entre las familias con las que había trabajado antes. Se trata de la manera que el niño es percibido por la persona que tiene “enfrente”: bebé-sujeto, sujeto sensible, sujeto pensante y observante, que responde pero que también asume iniciativas con el adulto – sujeto interlocutor en la relación, al nivel de sus posibilidades. Le corresponde al adulto comprender ese nivel y percibir esas iniciativas, apreciarlas y respetarlas.

El siguiente ejemplo puede ilustrar el sentido del concepto anterior. Contrariamente al sentido común según el cual el bebé bien educado permanece tranquilo y pasivo en el cambiador mientras la madre se desvive en torno a él, Pikler apreciaba los momentos de cambiado jalonados “de acontecimientos”: palabras, risas, impaciencias o compromisos, diálogos y juegos, “bromas y chicanas” iniciadas por el bebé. Durante ese prolongado rato de intercambio, el bebé puede estar alegre o serio pero se muestra, sobre todo, vivaz, activo y comunicativo.

La Dra. Pikler quería encontrar bebés absolutamente vivaces, activos y comunicativos “en los cambiadores” de la institución. Mientras que, en el seno familiar, esto puede caerse de maduro, en institución, sin embargo, deben desplegarse esfuerzos de diverso orden para lograrlo. Estos esfuerzos son parte integrante del trabajo pues Pikler pensaba que tal actitud muestra –pero contribuye a constituir, asimismo– esas tan particulares relaciones de profundo conocimiento mutuo, de confianza y respeto recíprocos entre el adulto y el niño.

En institución, esa relación es muy compleja en cuanto a sus componentes, difícil de establecer y de manejar, sin el soporte fundamental que, en condiciones familiares normales, está constituido por el amor materno, el amor parental. Esa relación es, no obstante, indispensable para ofrecerle al niño una profunda seguridad afectiva y las bases de la afectividad sana del adulto en el que un día se convertirá.

2. Otro punto se relaciona con el modo en que, en el Instituto, es entendido el desarrollo motor del primer año.

Como pediatra y traumatóloga, y también como pedagoga, Pikler les propuso a las familias a las que atendía, ciertas condiciones ambientales inusitadas para los momentos de juego de los niños.

Comprometía a los padres a no colocar a su hijo en posiciones que éste no fuera aún capaz de asumir por sí mismo, a no enseñarle los movimientos y a no entrenarlo para posturas que debería utilizar más adelante (propuesta absolutamente contraria a los hábitos en boga...)

Los resultados estaban igualmente en contradicción con el sentido común: no ocurría sólo que los niños aprendían todos los movimientos por sí mismos sino que, mejor aún, eran ágiles y armoniosos, tenían un equilibrio firme, eran prudentes y mostraban una gran seguridad en dichos movimientos. Por otra parte, en sus juegos, se mostraban emprendedores y sólo necesitaban mínimamente la intervención del adulto para asegurar la continuidad de los mismos. Para quien supiera observarlos – y Pikler ayudaba a los padres a hacerlo – la imagen del “niño sano” había cambiado profundamente: el niño sano y en buena relación con su entorno se mostraba activo, autónomo, seguro de sí y hacía agradable la convivencia.

Esta es la motricidad que constituye la base de la vida activa de los niños en el Instituto.

En el Instituto, la atención del adulto a todos los aspectos del desarrollo infantil comporta, entre otras cosas, una rigurosa toma de notas. A partir de este encuadre y al cabo de quince años de práctica, Pikler pudo realizar una investigación centrada, sobre todo, en las particularidades del desarrollo de la motricidad del primer año, cuando éste se desenvuelve en las condiciones de libertad y de autonomía pregonadas por ella. (PIKLER: *Se mouvoir en liberté dès le premier âge [Moverse en libertad desde el nacimiento]*, P.U.F., 1979)

Las siguientes condiciones, reconocibles, constituyen, desde el comienzo y de manera estable, las tramas de la vida cotidiana de los niños:

a) Condiciones materiales determinantes:

- ropa adecuada para no limitar los movimientos; en particular, el modo de colocar los pañales de forma tal que la cadera pueda disponer de toda su libertad anatómica, y lo mismo vale para los pies descalzos o escaarpines muy blandos hasta bastante después del comienzo de la marcha estable.
- espacio siempre un poco mayor que el que el bebé utiliza en sus movimientos ya adquiridos, para favorecer y motivar sus ensayos de nuevos movimientos.
- superficie dura o firme, condición para la organización criteriosa de las coordinaciones y de la economía de esfuerzos (moverse sobre un piso duro es menos cansador que hacerlo sobre una superficie blanda).
- mobiliario y juguetes en cantidad y “tipo” adaptados al interés del bebé.

Además del placer intrínseco que procura la posibilidad de moverse a sus anchas y a su ritmo, utilizarla como instrumento de un acto proyectado motiva igualmente el deseo de moverse del niño.

b) Actitud del adulto:

- el adulto se abstiene de intervenir a nivel de los movimientos del bebé, dejándole toda la iniciativa; le evita así el encontrarse en una postura mal elaborada o que aún no está elaborada y, por lo tanto, en situación de ausencia de equilibrio o de equilibrio precario.
- en el modo de tomarlo, de sostenerlo o de apoyarlo, el adulto cuida de ofrecer al niño todos los puntos de apoyo que éste todavía utiliza en su actividad autónoma (el adulto lo sostiene en los brazos en posición horizontal hasta que aprende a sentarse, por ejemplo).
- la primera posición del recién nacido (naturalmente, elegida por el adulto) es la posición dorsal. (En efecto, una investigación que comparó el transcurso del

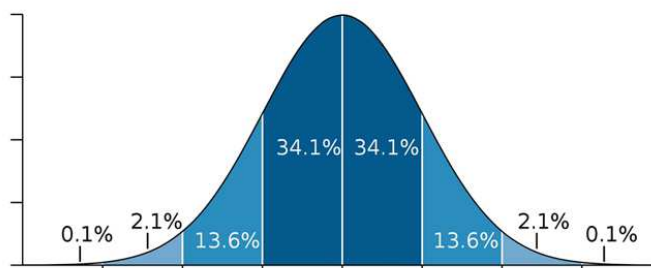
desarrollo en condiciones por lo demás análogas, pero cuyo punto de partida había sido la posición ventral, demostró la decisiva influencia negativa de esta práctica sobre la cualidad global de los movimientos).

- el centro de interés del adulto no está constituido por la edad de adquisición (muy variable entre un niño y otro) y/o el desempeño, sino por la calidad de la fluidez y de la seguridad del movimiento empleado y la riqueza de la actividad autónoma.

La **investigación** que Pikler llevó a cabo en estas condiciones ha demostrado que todos los niños logran por sí mismos los movimientos básicos de la vida adulta a partir de sus propias iniciativas.

Otros resultados cuantitativos derivados de la investigación:

- el camino que todos los niños recorren a lo largo de su desarrollo presenta un orden regular en la aparición de los estadios.
- las edades de adquisición están distribuidas según las curvas de Gauss.
- el ritmo de los progresos es individual y variable, tanto entre un niño y otro, como en el mismo niño.



Algunos resultados cualitativos:

- todos los niños, incluidos los prematuros, tienen movimientos ágiles y armoniosos.
- su equilibrio es bueno: se caen muy poco.
- son prudentes y conocen sus límites.
- los progresos son continuos de un estadio a otro, así como en el interior de cada estadio.

Repercusiones sobre la actividad:

- la continuidad de la actividad está asegurada por la experiencia de los cambios de posturas autónomas que el niño va adquiriendo; el camino utilizado para pasar de una postura a la otra se hace en el sentido inverso necesario para volver a la precedente (excepto el comienzo del pasaje de la posición ventral a la dorsal que, durante los primeros días, es difícil).
- la riqueza en la variación de los juegos, sobre todo en la manipulación, que muestra una calidad desacostumbrada para la edad, parece estar condicionada por la seguridad postural siempre presente, ya que toda posición para actuar es elegida por el niño.

La experiencia, así como otras investigaciones llevadas a cabo en torno a esta motricidad, permiten afirmar que el descubrimiento de Emmi Pikler es fundamental para la psicología genética de la protoinfancia y es determinante para la redefinición de la competencia y de la autonomía del bebé.

Se ha comprobado asimismo, que existe una influencia recíproca entre esta motricidad (así como la calidad de la actividad que se desprende de ella) y la relación de mutuo respeto entre el adulto y el niño investigada por Pikler.

Un concepto ampliado: la actividad autónoma – el bebé autónomo – desde el nacimiento

El bebé puede hacer cosas por sí mismo. Sin embargo, lo que es aún más importante es aquello que él **quiere** hacer. Y lo que parece estructurante para su personalidad es **poder querer**: las condiciones que le permiten actuar le brindan la seguridad y la confianza en sus propios “deseos”...

A nivel de su vínculo con el adulto, esto se expresa a través de la confianza que éste le otorga al bebé, desde un comienzo, en relación con sus señales, así como por el reconocimiento de la alegría que el niño experimenta *por sus propias acciones* en el transcurso de las actividades compartidas, como los cuidados, las comidas, etc. Por ejemplo, el hecho de que el bebé no sepa aún vestirse solo no excluye que pueda, que quiera asumir algún aspecto ya aprendido: podemos llamar a esto “autonomías parciales”. El modo en que el adulto respeta el bienestar corporal del bebé a través de su motricidad, tanto durante los cuidados como durante los juegos, así como el modo en que respeta la seriedad de su juego autónomo, forman parte también de ese vínculo.

El bebé, como todo ser vivo, es curioso: está interesado por su propio cuerpo, por su entorno, no sólo el humano sino también el “material”, siente curiosidad por los fenómenos que percibe y/o que provoca. Ese interés se expresa en su voluntad de actuar y de comprender.

El desarrollo globalmente armonioso de un niño implica la curiosidad. Si no es curioso, es porque se le ha arrebatado la confianza en su deseo, imponiéndole, eventualmente, ciertas condiciones de vida en las cuales *no dispone de los medios para actuar*.

La **actividad autónoma** se inscribe en este marco; no es un método, no se trata tampoco de ciertos momentos permitidos al bebé: **es un modo de vida**. Cuando el adulto se separa del niño después de haberlo cambiado, por ejemplo, estando éste satisfecho y despierto, es para *permitirle* estar activo (como sigue estándolo el adulto, por otra parte), para *permitirle* vivir sus curiosidades, *permitirle* poder ejercer sus deseos o, más simplemente, poder moverse a su voluntad – cuya condición es la motricidad descrita más arriba – manipular los objetos, observar a sus compañeros y acercarse a ellos, descubrir novedades en su entorno...

El bebé autónomo ejerce así su voluntad, pone en juego su iniciativa, experimenta sus capacidades y sus límites, es “responsable” de su propia seguridad y de sus adquisiciones, elaborando una gran confianza en sus propias capacidades y en su eficacia. Para algunos teóricos, esto significa que *la actividad autónoma es un valor fundante de la persona*.

La actitud de cuestionamiento

...es un elemento primordial propio de la actividad autónoma del niño sano (de lo cual da pruebas “la atención concentrada” de Anna Tardos). **Se traduce en un momento de intensa focalización de la atención del niño en torno a un fenómeno surgido en el transcurso de su juego y de la que se derivan una serie de acciones puntuales emprendidas por el bebé, orientadas todas a circunscribir y/o a precisar el fenómeno por medio de los aspectos-resultados cercanos, idénticos o, por el contrario, diferentes.**

El fenómeno en torno al cual el niño se focaliza es función de su edad (o, más exactamente, de su edad mental). Ese fenómeno no necesariamente es nuevo para él, podría haber existido ya o haber aparecido antes en su entorno, ser, incluso, habitual; sin embargo, se ha hecho pertinente en un momento dado: sin ser “problemático” hasta ese momento, se presta ahora a una pregunta. La acción emprendida, además de la naturaleza de la pregunta, es igualmente función de la edad, es decir, de la complejidad de las relaciones que el bebé puede considerar a su edad y con los medios de que dispone en ese momento para experimentarlos, para hallar una respuesta que, naturalmente, pertenecerá también a su nivel de edad.

La actitud de cuestionamiento moviliza, pone en juego todos los elementos a su disposición: sus conocimientos y experiencias anteriores; su afectividad que se expresa en el interés y la curiosidad; así como el factor “madurativo”, es decir, los recursos intelectuales del estadio de su desarrollo mental.

Lo que el bebé extrae como aprendizaje de un momento de actividad de este tipo parece ser *óptimo*, tanto por su carácter multifactorial en cuanto al resultado, que respeta la complejidad de la realidad (en cada caso, de su realidad, aquella propia de la edad), como por la eficacia del proceso cognitivo que ha sido puesto en juego para realizarlo.

La autonomía recíproca

...noción que nos propone la Profesora Susanna Mantovani (Universidad de Milán): es la del bebé y la del adulto.

Lo que sigue es una buena ilustración de ello.

En la estructura, la organización y el funcionamiento del Instituto Pikler, los puntos mencionados más arriba son indisociables, están ligados orgánicamente. El adulto puede estar disponible para el bebé del que se está ocupando *sin sentimiento de culpa hacia los otros niños* en la medida en que está profundamente convencida del valor intrínseco de la actividad autónoma en la que esos otros bebés están implicados. El niño está absorbido en su actividad con serenidad, ya que sabe, sin ninguna duda, que también él tendrá su momento íntimo, como lo ha tenido anteriormente. Por otra parte, y a partir de minuciosas disposiciones, tampoco tiene ninguna duda acerca del momento en que le tocará comer; y, por la atenta mirada del adulto, no tiene ninguna duda de que, cuando esté cansado, podrá descansar y, cuando se haya despertado, irá a jugar, etc. Bebés y adulto viven esta autonomía recíproca, en la que cada uno dispone de un campo del que el otro no participa, sin que esto implique abandono: cada uno lleva constantemente al otro en su mente...

Prolongaciones, teorizaciones, aplicaciones

Como ha ocurrido a menudo en la historia de la pedagogía, los grandes maestros están más en condiciones de trabajar en la práctica que en la teorización de lo que hacen. Es el caso, en cierta medida, de la Doctora Pikler. Nos corresponde a nosotros comprender bien toda la complejidad de su planteamiento, para luego formularlo de modo de poder derivar las generalizaciones... Ya que para continuar, profundizar y aplicar conocimientos de tan gran valor, la teorización, encaminándose hacia los conceptos y las explicaciones, es tan importante como las sistematizaciones de las metodologías, de las prácticas y de las realizaciones.

Ese trabajo ha comenzado hace mucho tiempo. El primer libro, de una riqueza inigualada hasta aquí, es el de Myriam David y Geneviève Appell: ***Loczy ou le maternage insolite*** [Loczy o el maternaje insólito]. A partir de entonces, han aparecido otras publicaciones, en numerosas lenguas (escritos originales, traducciones). Además se realizan conferencias, congresos y seminarios internacionales y el intercambio de experiencias continúa...

En las reflexiones teóricas, son contempladas diversas filiaciones, como por ejemplo con Piaget en torno al desarrollo de la inteligencia infantil en condiciones de libertad motriz; o con el psicoanálisis, buscando explicaciones y aplicaciones en torno al desarrollo de la afectividad en estas condiciones al margen de las normas. Por mi parte, creo que el acercamiento teórico más adecuado puede hacerse con la *psicología multidimensional* de Henri Wallon (para utilizar una expresión del Profesor Tran Thong).

En resumen, puede decirse que tenemos aquí el ejemplo del trabajo extraordinario de una institución que les permite vivir, a cada niño y a cada adulto, en este particular contexto, tan diferente del familiar, una experiencia tal que habilita a los niños, a pesar de todo, para crecer

con una personalidad sana. Es, en consecuencia, una experiencia interesante – pertinente – de una extrema complejidad, que resulta provechoso conocer y comprender.

Mi trabajo actual está esencialmente orientado hacia la formación de profesionales de la protoinfancia. Las ideas y la práctica del Instituto Pikler resultan preciosas para estudiar. Lo que considero más sensato para transmitir, es su espíritu: la novedosa mirada sobre el bebé activo y armonioso en sus movimientos; la posibilidad de una relación con él en la que él es un sujeto y en la que – la experiencia lo ha demostrado – el adulto también se siente mejor. Pero, sobre todo, percibir y comprender que no se trata de un “método”, sino de un proceso, aquel en que el adulto “crea” su propia manera de estar con el bebé a través del descubrimiento que va haciendo de éste y el conocimiento que va adquiriendo a fuerza de observarlo, de mirarlo y de comprenderlo.